

## San León Magno

### Sermón en la Festividad de San Pedro y San Pablo

Dignidad que alcanzó la ciudad de Roma por medio de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo; brillante elogio de ambos y confianza que Roma debe tener en su protección. Todo el mundo, dilectísimos, es participante de todas las santas solemnidades y la creencia de una misma fe exige que cuanto se conmemora como obra de la salvación universal se celebre en todas partes con común alegría. Sin embargo, la fiesta de hoy, aparte de la general reverencia que en todo el orbe de la tierra ha alcanzado, hay que honrarla con especial y propia alegría en nuestra urbe, para que, donde la muerte de los principales Apóstoles recibió glorificación, allí mismo en el día de su martirio alcance el mayor regocijo. Estos son los varones, Roma, que hicieron brillar sobre ti la luz del Evangelio de Cristo; y la que hasta entonces había sido maestra del error, te convertiste en discípula de la verdad. Estos son tus padres santos y pastores verdaderos que para incluirte en los reinos celestiales te fundaron mucho mejor y con más suerte que aquellos otros que con su trabajo echaron los primeros cimientos de tus murallas, y de entre los cuales el que te dio el nombre te manchó con la muerte de su hermano. Estos son los que te levantaron a tanta gloria que te hicieron gente santa, pueblo elegido, ciudad sacerdotal y regia y por medio de la sagrada silla de S. Pedro, cabeza del mundo, de modo que más sobresaliste por la religión divina que por el imperio terreno. Aunque acrecida con muchas victorias, extendiste por mar y tierra el derecho de mandar, empero menos fue lo que avasalló tu labor guerrera que lo que sometiste con la paz cristiana.

Pues Dios, bueno y justo y todopoderoso, que nunca negó su misericordia al género humano, y que a todos los mortales en general atrajo siempre a su conocimiento con abundantísimos beneficios, se compadeció con recóndito proyecto y superior piedad de la voluntaria ceguera de los que yerran y de la perversión que se inclina a lo malo, enviando a su Verbo igual a sí y coeterno. El cual hecho carne, de tal modo unió a la naturaleza divina la naturaleza humana, que su misma descensión a tanta humildad se convirtió en nuestra mayor elevación. Para desparramar por todo el mundo los efectos de tan inefable gracia preparó la Divina Providencia el Imperio romano, que de tal modo extendió sus fronteras que las gentes del orbe entero se avicinaron y acercaron. Venía muy bien para la obra divina (la predicación del Evangelio) que los varios reinos se confederasen en un solo Imperio, y así encontrase en seguida dispuestos la predicación general a todos los pueblos que estaban unidos por el régimen de una misma ciudad. Pero esta ciudad, desconociendo al autor de su encumbramiento mientras dominaba a casi todas las naciones, servía los errores de todas las naciones, y creía haber alcanzado un gran nivel religioso por cuanto no rechazaba ninguna falsedad. Así, mientras más era aherrojada con más fuerza que el diablo, tanto fue más admirablemente libertada por Cristo.

Porque cuando los doce Apóstoles, después de recibir del Espíritu Santo la

facultad de hablar todas las lenguas, se distribuyeron las partes del mundo para predicar el Evangelio, el beatísimo Pedro, príncipe del orden apostólico, fue destinado a la fortaleza del Imperio romano para que la luz de la verdad, que se revelaba para la salvación de todas las naciones, se derramase más eficazmente desde la misma cabeza por todo el cuerpo del mundo. ¿Pues de qué raza no habría entonces hombres en esta ciudad'? ¿O qué pueblos podrían ignorar lo que Roma aprendiese'? Aquí había que triturar las teorías de la falsa filosofía, aquí había que deshacer las necedades de la sabiduría terrena, aquí había que destruir la impiedad de todos los sacrilegios en donde con diligentísima superstición se había ido reuniendo todo lo que habían ido inventando los diferentes errores.

Y a esta ciudad, tú, beatísimo Apóstol Pedro, no temes venir, y con tu compañero de gloria el Apóstol Pablo, ocupado aún en organizar las otras Iglesias, te metes en esta selva de bestias rugientes y caminas por este océano de turbulentos abismos con más tranquilidad que sobre el mismo mar ". Ni te arredras de Roma señora del mundo, tú, que en la casa de Caifás temblaste ante la criada del sacerdote. ¿Es que acaso estaba por debajo de los juicios de Pilatos o de la pasión de los judíos el poder de Claudio o la crueldad de Nerón? Es que vencía los motivos de miedo la fuerza del amor, ni querías temer a los que empezabas a amar. Este afecto de caridad tan decidida ya lo habías concebido ciertamente cuando la profesión de tu amor al Señor fue fortificado con el misterio de la trina interrogación. Y no otra cosa se te pidió sino que apacentares las ovejas de aquel a quien amabas con el mismo alimento con que tú mismo habías sido ya recreado.

Aumentaban también tu confianza tantas señales milagrosas, tantos dones celestiales, tanta experiencia de virtudes. Ya habías instruido a los pueblos que habían creído de entre los circuncidados; ya habías fundado la Iglesia de Antioquía, en donde nació por primera vez la dignidad del nombre cristiano; ya habías empapado de las leyes de la predicación evangélica al Ponto, a la Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, y sin dudar de la eficacia de tu obra y sabiendo el espacio que te quedaba de vida, metías en los mismos alcázares de Roma el trofeo de la cruz de Cristo hacia donde te guiaban con divinas predicciones el honor de tu poder y la gloria de tu martirio.

A la cual, saliendo al paso de tu bienaventurado coapóstol, vaso de elección y especial maestro de las gentes, Pablo se reunió contigo precisamente en el momento en que ya toda inocencia, toda dignidad y toda libertad padecía bajo el imperio de Nerón. Cuya locura, alimentada por el exceso de todos los vicios, le precipitó hasta tal torrente de insania de ser el primero que prescribió la atrocidad de una persecución general contra el nombre cristiano, como si matando a los santos se pudiera sofocar la gracia de Dios, para los cuales esto mismo era su mayor ganancia, pues el desprecio de esta vida perecedera se convertía en consecución de la felicidad eterna. Preciosa es desde luego, a los ojos del Señor, la muerte de sus santos (Ps., 115, 15), ni con ningún género de tormento puede destruirse la religión fundada con el misterio de la cruz de Cristo. No disminuye con las persecuciones la Iglesia, sino que aumenta, y siempre el campo del Señor se viste de más rica mies cuando los granos que cayeron uno a uno renacen multiplicados. Por lo cual

con cuanta abundancia hayan retoñecido estos dos preclaros gérmenes de la divina semilla, lo demuestran los miles de bienaventurados mártires, que émulos de los triunfos apostólicos rodearon nuestra urbe vestidos de púrpura y brillando por todas partes, y la coronaron a manera de diadema engarzada con la honra de muchas piedras preciosas.

Con la cual defensa, oh amadísimos, que nos ha sido preparado por Dios para ejemplo de paciencia y confirmación de nuestra fe, conviene alegrarse universalmente en la conmemoración de todos los santos, pero ante la superioridad de tales patronos con razón hay que regocijarse más. a los que la gracia de Dios a tal sublimidad levantó entre todos los miembros de la Iglesia, que a ellos los puso en el cuerpo del cual es Cristo cabeza como la doble luz de sus ojos. De sus méritos y virtudes que sobrepujan todo lo que la lengua puede decir, no debemos pensar nada distinto o separado, puesto que la elección los hizo compañeros, el trabajo semejantes y el fin iguales. Como nosotros mismos lo hemos experimentado y nuestros antepasados lo demostraron, creemos y confiamos, en medio de los trabajos de esta vida, que para alcanzar la misericordia de Dios seremos siempre ayudados con las Mociones de estos patronos especiales, para que cuanto nos abatimos con nuestros propios pecados, tanto nos levantemos con los méritos apostólicos. Por nuestro Señor Jesucristo, el cual tiene con el Padre y con el Espíritu Santo el mismo poder, una sola Divinidad por los siglos de los siglos. Amén.

**(San León Magno, *Sermones Escogidos*, Apostolado Mariano, p. 98 - 101)**